

Gerardo y Miriam

Hay nombres que el tiempo pronuncia con respeto.

Nombres que no envejecen.

Nombres que permanecen encendidos
como lámparas en medio de la memoria.

Para mí,
esos nombres son los de ustedes:

Gerardo y Miriam.

Dos corazones unidos por la fe.

Dos voluntades construidas en el sacrificio.

Dos vidas que aprendieron a dar
mucho más de lo que alguna vez recibieron.

Porque ustedes conocieron la escasez.

Conocieron los caminos difíciles.

Conocieron las limitaciones
que suelen visitar a quienes nacen sin privilegios.

Y quizá por eso decidieron
que sus hijos conocerían otra historia.

Una historia escrita con esfuerzo.

Con trabajo.

Con renunciadas silenciosas.

Con noches de desvelo.

Con manos cansadas
que jamás se negaron a servir.

Cuántas veces,
sin que nosotros lo supiéramos,
se quitaron el pan de la boca
para ponerlo sobre nuestra mesa.

Cuántas veces escondieron sus preocupaciones
detrás de una sonrisa.

Cuántas veces llevaron solos el peso del mundo
para que nosotros pudiéramos caminar más ligeros.

Y nosotros crecimos.

Crecimos bajo el abrigo de un hogar
donde el amor no era un discurso.

Era una costumbre.

Una forma de vivir.

Una presencia permanente.

Porque ustedes nos enseñaron
que la familia es refugio.

Que la fe es fortaleza.

Que la palabra dada tiene valor.

Que el trabajo dignifica.

Que la bondad siempre deja huella.

Nos enseñaron a mirar hacia Dios
antes de mirar hacia nosotros mismos.

Nos enseñaron a doblar las rodillas
cuando la vida parecía demasiado pesada.

Nos enseñaron que la verdadera riqueza
no se mide por lo que se posee,
sino por lo que se entrega.

Y vaya si ustedes entregaron.

Ocho hijos llegaron a sus brazos.

Ocho historias.

Ocho sueños.

Ocho pedazos de corazón.

Y cuando el dolor indescriptible
les arrebató a dos de ellos,
el mundo pudo haberse derrumbado.

Pero permanecieron de pie.

Con lágrimas en los ojos.

Con heridas en el alma.

Con preguntas sin respuesta.

Pero aferrados a la mano de Dios.

Y gracias a esa fortaleza,
los demás aprendimos
que incluso en medio de la pérdida
es posible seguir amando.

Es posible seguir creyendo.

Es posible seguir adelante.

Nuestro hogar se convirtió en un puerto.

En el lugar donde siempre queríamos regresar.

En el escenario de las risas.

De las navidades interminables.

De los cumpleaños.

De las conversaciones que parecían no terminar nunca.

De los abrazos.

De las fotografías.

De las historias repetidas una y otra vez
porque nadie se cansaba de escucharlas.

Y en el centro de todo estaban ustedes.

Gerardo y Miriam.

Como dos árboles generosos
bajo cuya sombra aprendimos a vivir.

Y allí estaba mi padre.

Con su bata blanca.

Con su vocación inmensa.

Con su amor inagotable por los niños.

Entrando y saliendo de hospitales.

Escuchando pacientes.

Calmando temores.

Salvando vidas.

Sembrando esperanza.

No era solamente un médico.

Era un hombre que convirtió su profesión
en una forma de servir a Dios.

Y quienes lo conocieron lo sabían.

Por eso su nombre permaneció.

Por eso su ejemplo trascendió.

Por eso su legado continúa vivo.

Porque los verdaderos maestros
siguen enseñando incluso después de partir.

Todavía puedo imaginar aquel día.

Las calles llenas de gratitud.

Las instituciones rindiendo homenaje.

Los colegas inclinando la cabeza con respeto.

Los pacientes recordando una sonrisa.

La ciudad despidiendo a uno de sus hijos más nobles.

La banda sinfónica elevando sus notas al cielo.

Y yo comprendiendo,
entre lágrimas y orgullo,
que la grandeza auténtica
no necesita proclamarse.

La proclaman las vidas que fueron tocadas por ella.

Y allí estaba también mi madre.

Firme.

Valiente.

Amorosa.

Con esa manera única de sostener el mundo
sin hacer ruido.

Con esa capacidad extraordinaria
de transformar una casa en un hogar.

De convertir el cansancio en ternura.

De transformar los sacrificios en oportunidades.

De sembrar valores
que aún hoy siguen floreciendo en nosotros.

Mamá,

en cada uno de tus hijos
vive una parte de ti.

En cada acto de bondad.

En cada gesto de servicio.

En cada oración.

En cada abrazo.

En cada sueño alcanzado.

Y entonces comprendo algo hermoso:
que ustedes nunca se marcharán del todo.

Porque habitan en nosotros.

En nuestra manera de amar.

En nuestra forma de creer.

En nuestra forma de servir.

En nuestra manera de enfrentar la vida.

Si hoy he logrado algo valioso,
si he podido levantarme después de las caídas,
si he aprendido a amar a Dios,
a servir a los demás
y a luchar por mis sueños,

es porque primero los vi hacerlo a ustedes.

Por eso levanto mi voz
con la gratitud más profunda que puede habitar un hijo.

Gracias.

Gracias por cada sacrificio invisible.

Gracias por cada desvelo.

Gracias por cada consejo.

Gracias por cada oración pronunciada en secreto.

Gracias por haber hecho de nuestra familia
un lugar donde siempre valió la pena volver.

Y gracias por haber demostrado,
con la fuerza de sus vidas,

que los padres más grandes
no son aquellos que dejan fortunas,
sino aquellos que dejan principios.

No los que construyen mansiones,
sino los que construyen hogares.

No los que acumulan riquezas,
sino los que forman corazones.

Gerardo y Miriam.

Mi orgullo.

Mi herencia.

Mi ejemplo.

Y una de las bendiciones más grandes
que Dios escribió en la historia de mi vida.

AUTOR: GERARDO IVÁN TORRES MAYA.